

Un sufrimiento difundido y cercano

El sufrimiento mental es una forma de pobreza que parece, a menudo, sin solución; es un sufrimiento difundido y cada vez atañe a un mayor número de personas.

Según la Organización Mundial de la Salud las personas que viven, a lo largo de su vida, un período más o menos largo de sufrimiento mental corresponde al 20 % de la población: millones y millones de personas. Las proyecciones para el futuro, además, prevén un aumento significativo; las razones son múltiples y debidas a factores diferentes: ambientales, socio-educativos, laborales, espirituales, por la pobreza, por la desintegración de muchas familias, por las migraciones, etc.

A pesar del gran número de personas que padecen estos trastornos, el sufrimiento mental puede pasar desapercibido frente a nuestra mirada, porque en la mayoría de los casos no presenta manifestaciones llamativas. El sufrimiento mental se presenta de manera variada y multiforme. Los que intentan captar la esencia de este malestar, han obtenido respuestas confusas, vagas, misteriosas, escuchando palabras como desesperación, inutilidad, vacío y derrota.

El sufrimiento mental, además, está asociado a comportamientos “raros”, anormales, incomprensibles y excéntricos, que suscitan temores y miedos. Una razón más para que este sufrimiento sea poco comprendido o evitado.

Las personas que sufren por trastornos mentales están entre nosotros, en nuestras familias, en los lugares de trabajo, entre los vecinos y conocidos; la mayoría de ellas no expresa su sufrimiento, lo esconde, lo vive con miedo y vergüenza. A menudo no piden ayuda, algunas veces porque no tienen la capacidad para asumir su enfermedad, otras veces porque tienen miedo al rechazo, a la burla, a la marginación.

Las instituciones para la salud están llevando adelante sus iniciativas para ofrecer respuestas en situaciones de emergencia y cronicidad. Se trata de respuestas necesarias y, a menudo, bien estructuradas; sin embargo no son suficientes: toda la sociedad debe hacerse cargo de este sufrimiento, acompañando a los enfermos y sus familias.

Los conceptos de peligrosidad social y de protección de la sociedad, o simplemente el miedo, empujan hacia soluciones drásticas y deshumanas: marginar y “encerrar” a estos hermanos y hermanas, para que no ocasionen molestias o problemas.

La respuesta de la comunidad cristiana, inspirándose en la actuación de Jesús, puede y debe ser diferente: acercarse, acompañar, cuidar, ... amar.

No siempre se podrán encontrar las terapias adecuadas y que resuelvan la enfermedad, pero sí, siempre, se podrá tratar a estas personas con respeto, cariño y ofreciéndoles los cuidados que necesitan.

Podríamos empezar con el lenguaje, quitando todo lo que suena ofensivo y humillante, para continuar con una mirada diferente y un trato digno, el mismo que nos gustaría recibir en situaciones análogas.